El destino manda

(LE DESTIN EST MAITRE)

DRAMA EN DOS ACTOS

original y en prosa de

MR. PAUL HERVIEU

TRADUCCIÓN DE

JACINTO BENAVENTE



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

EL DESTINO MANDA



EL DESTINO MANDA

(LE DESTIN EST MAITRE)

DRAMA EN DOS ACTOS

original y en prosa de

MR. PAUL HERVIEU

TRADUCCIÓN DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 25 de Marzo de 1914



MADRID
R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.
Teléfono número 551
1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
EL COMANDANTE ROMÁN DE CHAZAY...........	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
ANDRÉS BÉREUIL.......		DÍAZ DE MENDOZA (M.)
JOAQUÍN BÉREUIL......	SRTA.	RUIZ MORAGAS.
MESSÉNIS................	SR.	THUILLIER.
BAUTISTA................		CODINA.
JULIANA BÉREUIL......	SRA.	GUERRERO.
NOÉMI BÉREUIL..........	SRTA.	L. DE GUEVARA.

Salón de un castillo señorial, en los alrededores de París





ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

JOAQUÍN. Después BAUTISTA y NOÉMI

Baut. ¿Pero de verdad no se ha hecho usted daño, señorito?

Joaq. No, no ha sido nada. Al pronto, sí, me quedé como atolondrado.

Baut. Por atenderle á usted, dejé suelto al caballo. El solo se ha metido en la cuadra.

Noémi (Saliendo.) Buen susto me has dado.

Baut. ¡Cómo se ha puesto usted!

Joaq. Trae un cepillo y un espejo.

Baut. En seguida. (Sale.)

Noémi No había hecho más que asomarme á la ventana, cuando ví que el caballo te había tirado.

Joaq. Lo peor fué que se me enganchó un pie en el estribo. Estuve expuesto á que me arrastrara por las piedras del patio. Por fortuna, Bautista estaba cerca, se abalanzó al caballo y pudo sujetarle. (A Bautista que vuelve.) ¡Te has portado como un héroe!

Baut. Es favor, señorito.

Joaq. ¿Pero te has hecho sangre?

Noémi Ya lo creo.

Baut. No es nada, señorita.

Noémi Sí, sí; te has desollado la mano.

Joaq. Debe dolerte.

Baut. No se preocupe usted, señorito. Lo que importa, es que su mamá no se entere del peligro que ha corrido usted.

Joaq. ¿Por qué no?

Baut. Como muy pronto entrará usted en la escuela militar, y allí montará usted caballos peores, no es cosa de que la señora esté sobresaltada cada vez que se figure al señorito como hace un instante. ¡Cabeza abajo y patas arriba!

Joaq. Es que yo quería que mamá supiera lo que has hecho por mí.

Baut. Mejor es que no sepa nada. Así estará más tranquila.

Noémi Bautista, eres muy bueno. Entrarás en la gloria vestido y calzado.

Baut. ¡Ay, señorita! No sé por qué, se me figura que por allí han de hilar más delgado, y que no entrará nadie sin llevar muy en regla sus papeles. Y mi hoja de servicios puede que no les parezca muy buena. ¡El comandante! Si le dice el señorito que le ha tirado el caballo, se va á reir del señorito. (Sale.)

ESCENA II

JOAQUÍN, NOÉMI y ROMÁN

Román ¡Ya estamos delante del espejito! ¡Como si fueras á concurrir á un premio de belleza! ¿No te da vergüenza, zagalón, con diez y siete añazos?

Joaq. Pero tío, si no me miraba al espejo. Me componía un poco.

Román Sí; pues ven acá, que voy á ayudarte. (Le deshace el lazo de la corbata.)

Joaq. ¡Suelta! Me has cogido á traición, eso no vale. ¡Mira qué bonito!

Noémi ¡Vamos, tío! Eres muy desagradable.

Joaq. Así no ha podido encontrar con quién casarse.

Román ¡Si tú supieras por qué no me he casado!

Noémi ¿Es un secreto?

Román Un secreto tremendo. No me he casado, por miedo á la predicción de una gitana.

Joaq. ¡Qué tontuna!

Román Sí; una gitana de ciento veinticinco años. Las rayas de mi mano pronosticaban que, de casarme, había de tener dos hijos, que me harían la vida insoportable. Parece ser que la chiquilla y el chiquillo estarían muy mal criados por exceso de mimo, y que yo pasaría muy malos ratos cada vez que les diese un dolorcillo de cabeza, ó tuvieran un empacho, ó les amenazara cualquier peligro. Y en vista de esto, me propuse librarme de la insoportable carga que me amenazaba.

Noémi ¡Y de ese modo vives muy tranquilo!

Joaq. Yo creí que las gitanas acertaban siempre.

Román Siempre. Pero como aquella era tan vieja, se conoce que andaba trascordada, y se equivocó en algo. No se trataba de hijos. Se trataba de sobrinos, y acertó de lleno. Porque como he sido tan bruto que me he puesto á quereros como si fuerais hijos míos...

Noémi Eso sí. Nos quieres mucho. Pero no dirás que no te correspondemos.

Román Tú sí, que eres un ángel. (A Joaquín.) ¿Qué rezongas ahí? ¿Me guardas rencor por lo de?...

Joaq. ¡Por Dios, tío! ¿Enfadarme yo contigo por una fineza, á la que voy á corresponder ahora mismo? (Se deshace el lazo de la corbata.)

Román ¡Quita, tonto! ¡Habráse visto!

Noémi Vamos, Joaquín. Perdónale, tío.

ESCENA III

DICHOS y JULIANA

Jul. ¿Qué sucede? ¿Qué es eso?

Román Nada. Este majadero, este señorito mal criado.

Jul. ¡Válgame Dios! ¿Qué ha hecho?

Román Una tontería. (A Joaquín.) ¿No estás conforme?

Joaq. Querido tío; el respeto me impide calificar

de tontería nada de lo que pueda yo hacer inspirado en tu ejemplo.

Román ¡Y se insolenta con su tío! ¿Habráse visto? Dame un abrazo.

Joaq. Con toda el alma.

Jul. Cualquiera os entiende.

Román Es que tu hijo no es todo lo respetuoso que debiera con su tío. ¡Ah! Pero yo sabré hacerme respetar.

Jul. Confiesa que eres tú el primero en consentirle demasiado y en estar orgulloso de tu sobrino.

Román Eso sí. La brillante carrera militar que le espera, ha de ser la alegría de mi vejez.

Jul. ¡Cuánto nos quieres, hermano mío!

Noémi Mamá: me habías dicho que tenías que darme un encargo muy delicado.

Jul. Sí. Las hermanitas de los pobres vendrán á su colecta. Cuida de que el hortelano les haga un buen acopio de provisiones.

Román ¿Qué será ello? Pimientos, lechugas, coliflores..

Jul. Y flores también. Hay que pensar en todo.

Noémi Sí. Azucenas y rosas.

Román Azucenas y rosas como tú, ¿no es eso?

Noémi Muy amable, tío, muy amable. (Sale.)

Román ¿Y tú, no sales hoy á caballo?

Joaq. No. El caballo necesita descanso.

Román ¿Pues qué tiene?

Joaq. Nada; que no se deja montar.

Román ¡Ah, vamos! ¿Y á ese es al que le has puesto una placa muy historiada con el nombre?... ¿Qué nombre le has puesto?

Joaq. «Dirigible».

Román Eso es. «Dirigible». Muy propio. Espera, salgo contigo.

Joaq. Voy con Noémi. (Sale.)

ESCENA IV

JULIANA y ROMÁN

Román Voy á salir.

Jul. ¿No te he dicho que esperamos una visita?

Román Sí. Ya sé que nuestro buen amigo Messénis,-

de vuelta de sus aguas, y de paso para París, se detendrá aquí con su automóvil para tomar el té con nosotros. No voy más que hasta el correo y vuelvo en seguida.

Jul. Así podrás despedirte de mi marido antes de su viaje.

Román ¿Está de viaje tu marido?

Jul. Sí. Para un asunto...

Román ¿A París?

Jul. No. Si fuera á París, estamos tan cerca que regresaría á la hora de comer.

Román ¡Ah! ¿no viene á comer?

Jul. No Ni á dormir tampoco.

Román ¡Ah! ¿Es un asunto de tanta importancia?

Jul. Va á Normandía. Tiene qué firmar una escritura.

Román Muy bien.

Jul. Se trata de la venta de su cuadra de carreras. Me lo ha explicado, pero la verdad...

Román ¿Qué es lo que te ha explicado?

Jul. El asunto. Pero no recuerdo las condiciones. Los negocios no son mi fuerte. Admito, sin comprender, el talento financiero de mi marido, y... ¿Qué quieres decir con esa cara?

Román ¿Yo?

Jul. Sí. ¿Qué piensas?

Román ¿Yo? ¿Qué quieres que piense? Me hablabas de cosas y te escuchaba.

Jul. Pues ya sabes tanto como yo. Vé á donde ibas y no tardes mucho.

Román No tardaré. Hasta ahora. (Sale.)

ESCENA V

JULIANA y ANDRÉS

Jul. ¿Te han arreglado el equipaje?

Andrés Todo está listo. No falta más que acomodar estas menudencies an el auto.

Jul. ¿Pero es que ya te marchas?

Andrés Dentro de unos minutos.

Jul. Entonces, Román, que ha salido por poco tiempo, no podrá despedirse de ti.

Andrés ¿Qué más da?

Jul. ¡Si á ti no te importa!

Andrés Como no tenemos nada que decirnos... Lleva aquí muchos días para que no hallamos agotado todos los temas de conversación.

Jul. ¡Muchos días! ¿Quieres decir con eso que abusa de nuestra hospitalidad?

Andrés No, mujer. Lo que quiero decir es que el carácter de tu hermano no es nada agradable.

Jul. No digas. Si es muy alegre. Ahora mismo, bromeaba aquí con los chicos como otro chiquillo.

Andrés Será con los chicos. Conmigo está siempre en un tono muy desagradable.

Jul. Has tenido algún disgusto con él? Dímelo todo.

Andrés Para qué. Dejémonos de historias. No vayas á decirle nada. Quede esto entre nosotros.

Jul. Estoy segura de que son aprensiones tuyas. Lo juzgas mal, Andrés. Si en él hubiera hostilidad contra ti, me lo hubiera dicho. Lo más que puedo creer, lo que hay seguramente, es que Román no sabe desprenderse de su carácter de militar. Sin darse cuenta, habla algunas veces con rudeza, en tono de mando.

Andrés Ello es que él está en nuestra casa y más parece que somos nosotros los que estamos en la suya.

Jul. Y aunque así fuera, Andrés. ¿No estaría muy justificado? En esta casa nació él, como nací yo. ¿No puede perdonársele si la considera como si todavía fuera suya? Y suya era tanto como mía. Los dos la heredamos y él me cedió la parte que le correspondía tanto en la casa como en el parque y en las tierras lindantes.

Andrés Los arreglos y los cambalaches que entre vosotros hallais podido combinar antes de nuestro matrimonio, como comprenderás no son de mi incumbencia.

Jul. No hubo cambio, cambalache, como tú dices. Ni compensación siquiera. Mi hermano hizo la cesión á mi favor, generosamente, sólo por aumentar mi dote.

Andrés ¿Quién le mandaba aumentar tu dote? ¿Fuí yo á pedirle algo? ¿Cree que debo estarle agradecido? Ni ahora, ni antes, necesité nunca de su protección.

ul. No se trataba de ti. Pero tu padre vivía todavía. Era dueño de una importante casa de comercio. Bien sabes cuáles eran sus exigencias al casarte. Tu padre te cotizaba muy alto. Me apena tener que recordártelo. Pero por lo mismo que nosotros pertenecíamos á una familia aristocrática y la tuya á la alta banca, al comercio ..

Andrés ¿Pero qué historias vas á recordar ahora, y á cuento de qué viene todo esto?

Jul. La gente hubiera dicho que yo hacía una boda de conveniencia.

Andrés ¿Y quién hace caso de lo que diga la gente?

Jul. No conoces bien á Román. Tú no sabes que él tenía puesto en mí todo su orgullo. Quería que su hermana fuera lo que se dice un buen partido. Para conseguirlo, se ha sacrificado por mí, y yo inconsciente entonces de su sacrificio, lo acepté sin darme cuenta exacta de su generosidad, de su abnegación, sin saber oponerme á su desprendimiento. Y gracias á él, como antes de casarme había vivido con holgura, y al casarme pude aportar un capital respetable, nadie hubiera podido decir que mi matrimonio contigo era otra cosa que lo que ha sido para mí; un matrimonio por cariño, un cariño de toda mi alma, para toda la vida.

Andrés Ya lo sé, Juliana, ya lo sé.

Jul. Después de nuestra boda, mi hermano pidió su traslado al ejército colonial y con una modesta renta y su modesta paga, ha vivido muy satisfecho He tardado mucho tiempo en darme cuenta de su sacrificio. Por mí, estoy segura de ello, hasta ha renunciado al matrimonio, al amor. Le bastaba con saber que yo era dichosa Y ni ahora, al verse obligado á pedir su retiro, inútil á lo mejor de su carrera, por las graves heridas y las fiebres horribles que padeció en sus campañas, nadie ha oído de sus labios una queja, un reproche. Comprende lo que yo

sentiría que entre mi hermano y tú, surgieran desavenencias, algún disgusto que le impidiera vivir aquí con nosotros, en esta casa, que es su casa. En esta tierra de Chazay, que con su nombre dió apellido á nuestra familia.

Andrés No seré yo quien se oponga. Por mi parte daré á tu hermano las mayores facilidades para que continúe aquí, á gusto suyo en su papel de administrador y mayordomo.

Jul. ¡Por favor, Andrés! No hables así de mi hermano. No seas injusto con él.

Andrés ¡Si no puede uno hablar en broma!

Jul. Siendo en broma te lo perdono.

Andrés Comprenderás que durante mi ausencia, poco puede molestarme tu hermano.

Jul. Pero tu ausencia no será más que hasta mañana.

Andrés No lo sé de fijo. Mi intención es esa. En fin, yo haré lo posible.

Jul. Sí, sí. No tardes. Siempre me prometes que pasarás tus vacaciones sin separarte de mí y cada cuatro días es un viajecito. Que las oficinas, que un Consejo de Administración... ¿Pero cuantos Consejos de Administración hay en el mundo?

Andrés No es culpa mía. Sé razonable y no me entretengas más. No puedo retrasarme.

Jul. Si ocurriera algo ¿á qué dirección hemos de telegrafiarte?

Andrés No ocurrirá nada en tan poco tiempo.

Jul. ¿Te has despedido de los chicos?

Andrés Sí. Digo, no. Bueno, les das un abrazo por mí y muchos besos. No puedo entretenerme. Hasta muy pronto.

Jul. ¿Hasta mañana?

Andrés Es posible.
(Sale.)

ESCENA VI

JULIANA y BAUTISTA

Baut Señora. El señor Messénis.

Jul. Que pase. ¿Han preparado el té?

Baut. Estará en seguida.
Jul. En cuanto esté puede usted servirlo.
Baut. Como mande la señora.
(Sale.)

ESCENA VII

JULIANA y MESSÉNIS

Mes. Querida amiga.
Jul. Veo que no ha echado usted en olvido su promesa de visitarme á su regreso.
Mes. Desde que la conozco á usted, no he olvidado una sola palabra de las que hemos hablado.
Jul. ¿Es posible? ¡Qué terrible memoria!
Mes. La primera vez que la ví á usted, acababa usted de salir del convento. Román me presentó á usted en un baile que era su presentación de usted en sociedad.
Jul. ¿Y se acuerda usted de lo que hablamos? ¿Qué le dije yo á usted?
Mes. Me dijo usted: «No, señor; no, señor; no, señor.»
Jul. ¿No le dije a usted nada más?
Mes. Me lo dijo usted lo menos veinte veces.
Jul. ¿A saber lo que me preguntaría usted?
Mes. Lo corriente. «Si le gustaba á usted bailar, si le gustaba á usted vestirse mucho, si le gustaba á usted viajar, el campo, la música...» ¡Qué se yo cuantas cosas más!
Jul. ¿Y á todo le dije á usted que no?
Mes. Sólo una vez me dijo usted que sí.
Jul. ¿Y á qué fué el si? ¿Lo recuerda usted bien?
Mes. Ya lo creo. El sí fué á que yo le pregunté á usted: «¿Le molesta á usted mi conversación, señorita?
Jul. ¿Le parecería á usted una chiquilla tonta?
Mes. No. Un poco tímida. Verdad es que á mí también me había usted comunicado su cortedad. Tampoco yo dije más que tonterías. Y era que al ver á usted había sentido algo inexplicable. Por fortuna la gran amistad que existía entre su hermano de usted

y yo, me proporcionó la satisfacción de tratar á usted íntimamente y pude apreciar muy pronto todo lo que usted vale. ¡Mujer encantadora sobre toda ponderación!

Jul. Pura lisonja, amigo mío.

Mes. Pero lo que había de suceder, sucedió.

Jul. Bien me acuerdo.

Mes Veinte años hará muy pronto que le pregunté á usted si quería casarse conmigo.

Jul. Lo recuerdo muy bien.

Mes. Y aún me parece que estoy oyendo la contestación.

Jul. También la recuerdo. Le dije á usted que si me hubiera usted hablado unos días antes, acaso...

Mes. Sí, me decidí muy tarde. El destino de usted era otro Su corazón de usted tenía ya dueño. No he podido consolarme todavía. No quisiera consolarme nunca. Mi cariño hacia usted es uno de esos raros cariños, que perduran inalterables en nuestra vida, al pasar de los años y de las vicisitudes.

Jul. Y no hemos vuelto á encontrarnos una sola vez, que no me haya usted hablado de ese gran cariño. Pero hay en usted tanta lealtad, tanta nobleza, que he podido oirle á usted siempre sin alarma. Impedirlo hubiera sido una crueldad inútil y hasta ridícula. Quiere decir, que he podido contar en mi vida con la devoción y el cariño de tres hombres buenos, leales y generosos.

Mes. Me considero feliz si me cuenta usted en el número.

Jul. En el número, aunque no en el primer lugar.

Mes. Es muy justo.

Jul. Mi marido es el primero; los otros dos son, usted Messénis y mi hermano Román, que justamente llega para saludarle.

ESCENA VIII

JULIANA, ROMÁN y MESSÉNIS

Román ¿Estás tú aquí?

Mes. Aquí me tienes. ¿Cómo te va? Muy bien; ya lo veo.

Jul. No, bien, no. ¿Qué te ha sucedido? ¡Qué cara traes! ¿Qué te ocurre?

Román Es verdad. Debe conocérseme en la cara. Tengo un grave disgusto.

Mes. ¿Pues qué?...

Jul. No tardes. Habla.

Román Tengo la prueba indudable de que Bautista, el criado de confianza de esta casa...

Jul. ¿Qué?

Román ¡Es un ladrón!

Jul. ¡Ah!

Mes. ¿Has descubierto?...

Jul. ¿En qué te fundas para suponer?... ¿O es algo más que suposiciones? ¿Cómo has sabido?

Román Verás. Entre un dinero que yo había cobrado, no recuerdo dónde, me dieron un billete de cien francos que era un verdadero andrajo. Roto, sucio, grasiento, remendado por todas partes con papel de goma. No quise guardarlo en mi cartera; pensaba cambiarlo lo más pronto posible y lo dejé aparte sobre la consola de mi habitación, entre una porción de papeles, cartas y recibos. Pues bien, no había vuelto á acordarme de él, cuando hace un instante, en el correo, al darme cambio de quinientos francos, protesto contra la suciedad de uno de los billetes que me entregaban. Y el empleado con mucha sorna me replica, que á nadie mejor que á mí podía adjudicármelo, supuesto que el andrajoso billete le había sido entregado á él mismo en pago de un giro postal hecho por un criado de esta casa. Miré el billete más detenidamente, y por todas sus inequívocas señales, reconozco el mismo billete que había estado en mi poder. Las mismas manchas de grasa, los mismos pegotes de papel, hasta una mancha de sangre inconfundible, como de haber pasado por manos de un carnicero. Hasta aquí los hechos: pero ¿es que hay dos maneras de interpretarlos?

Jul. Sí, en efecto, es muy sospechoso. Pero á mí misma me avergüenza creerlo.

Mes. ¿No tenían ustedes la menor sospecha de ese criado?

Jul. Ninguna; nunca.

Román Le tuve mucho tiempo de asistente. Yo fuí quien se lo recomendó á mi hermana. Por mí entró en esta casa y aquí lleva ya algunos años.

Mes. ¡Oh, si le conozco mucho! Bautista es muy amigo mío. Hoy mismo, al llegar, me ha reñido cariñosamente porque no había venido por aquí en tanto tiempo.

Jul. No le acusemos sin oirle. Veremos lo que él dice.

Román No se ha hecho esperar.

Jul. Mejor que mejor. Ponlo todo en claro lo más pronto posible. No podré sosegar hasta saber á qué atenernos.

ESCENA IX

DICHOS y BAUTISTA

Román Bautista.

Baut. Mi comandante.

Román En la consola de mi cuarto, hay una papelera, con muchos papeles, naturalmente. Busca entre esos papeles y tráeme en seguida un billete de cien francos que me he dejado allí olvidado.

Baut. ¿Un billete de cien francos?

Román ¿No lo has entendido?

Baut. Sí, mi comandante. Ya voy.

Román No vale la pena de que vayas, si no estas muy seguro de encontrarlo.

Baut. ¿Qué dice usted?

Román ¿Sabes tú si alguien se lo ha llevado?

Baut. No.

Román ¿Para hacer un giro postal?

Baut. ¿Un giro postal?

Román ¿Sabes tú quién ha sido el ladrón?

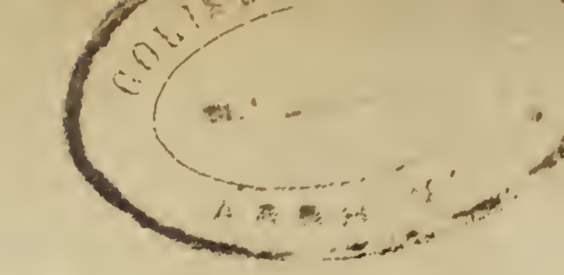
Baut. ¿El ladrón?

Román Yo sí lo sé.

Baut. ¡Ah!

Román El billete ha vuelto á mi poder. Me lo ha entregado la misma persona que hace dos días lo había recibido de ti.

Baut. Mi comandante...



Román Sí ó no. ¿Confiesas?

Baut. Sí.

Román ¡Un militar que ha servido á mis órdenes tanto tiempo, que yo traje á esta casa, donde eras la persona de confianza, uno más de la familia, estimado por todos, y tú, valiéndote de esa confianza, te aprovechabas para tus raterías!

Baut. Eso, no, mi comandante, se lo juro á usted. Esta vez nada más. Yo no soy un... No, no lo soy. Fué una mala idea. Estaba como loco.

Román ¿Pero cómo has podido cometer esa bajeza? ¿Qué ha podido arrastrarte para proceder así, como un malhechor?

Baut. Todos mis ahorros se los ha ido llevando mi hija, que tuvo la desgracia de casarse con un mal hombre. El otro día me escribió que la echaban de la casa, que no tenían que comer, que si yo no podía socorrerla no le quedaba otro recurso que tirarse de cabeza por una ventana, con su hija en brazos.

Román Es una explicación, no es una disculpa.

Baut. Ya lo sé que no tengo disculpa. Que me metan en la cárcel, que mi comandante haga de mí lo que quiera.

Román Has entrado conmigo en fuego muchas veces, hemos peleado bajo la misma bandera, no seré yo quien haga pública tu infamia.

Baut. ¡Gracias, mi comandante, muchas gracias! Pero si al cometer la falta hubiera yo pensado que había de ser usted el que había de juzgarme... Hubiera pensado en mi hija, hubiera pensado en Dios y me habría quitado de en medio.

Román Quede esto aquí. Retírate.

Baut. ¿Cuándo quiere la señora que me marche?

Jul. Puede usted estar aquí hasta que venga mi marido. El le dará á usted su cuenta.

(Sale Bautista.)

ESCENA X

JULIANA, ROMÁN y MESSÉNIS

Román (A Messénis.) Y perdona por haberte hecho asistir á esta enojosa escena.

Mes. Comprendo que desearas aclarar la situación lo más pronto posible.

Jul. A mí me ha causado tanta indignación...

Román No se hable más del asunto. ¿Quieres prepararnos el té?

Jul. Con mucho gusto. ¿Cuántos terrones, Messénis?

Mes. No se moleste usted. Yo me hubiera servido.

Jul. ¡Vaya por Dios! Mi marido ha olvidado todas estas cosas, que dejó aquí para que las pusieran en el auto.

Román ¿Y qué es ello?

Jul. Los periódicos, una petaca, el revólver...

Román No son artículos de primera necesidad.

Jul. Cuando viaja en auto, de noche, no estoy tranquila si no sé que lleva algún arma.

Mes. Ya no hay ladrones que salgan á los caminos.

Jul. Acaba usted de ver cómo puede uno estar muy confiado, y tenerlos en su propia casa.

Mes. Ya que habla usted, le diré que la actitud de ese desgraciado, sin aspavientos, sin lamentaciones, me ha conmovido por su misma sencillez.

Jul. ¡También á mí me ha dejado oprimido el corazón! ¡Cuánta miseria!

Román Por de contado que no se le plantará en la calle con el día y la noche. Mucho menos, cuando no es él solo á llevar la carga de su pobreza.

Jul. Eso sí. Tengamos caridad con ese desgraciado.

Mes. ¿Hasta perdonarle del todo?

Román ¿Qué dices?

Mes. Que la mejor obra de caridad que pueden ustedes hacer por ese infeliz, es no despedirle.

Jul. ¿Tener en mi casa una persona en quien ya no puedo tener confianza?

Román Messénis, tu benevolencia es inadmisible. Cuando uno está convencido de haber tratado con un granuja, debe romper con él, en absoluto y para siempre, toda clase de relaciones.

Mes. Por mi profesión de abogado, he conocido á muchos delincuentes, almas extraviadas por los diferentes caminos del mal. Y la experiencia me ha enseñado á distinguir entre tantos culpables, á los que solo eran delincuentes ocasionales, por una vez, y en determinadas circunstancias de su vida, incapaces de reincidir. Es el caso de este criado de ustedes. Si delinquió fué por un impulso instintivo: el del padre, que ve amenazada su prole de un peligro de muerte.

Jul. ¿Tenía más que haber recurrido á Román, á mí? Era lo primero, lo único en que debió pensar, si fuera un hombre honrado.

Román Esa es la verdad. La única sana verdad. Todas tus argucias no podrán hallar otra para convencernos.

Mes. Bautista es una conciencia rudimentaria, pero no creo que pervertida. Hay que ponerse en el caso del inferior que no sabe separar el respeto de la desconfianza y hasta del temor que en el fondo le inspiramos. El infeliz temía sin duda molestar á ustedes con la relación de sus apuros. Ante el llamamiento apremiante de su hija, ante la casualidad que le facilitaba una solución, de la que él no pudo preveer las consecuencias, el instinto, obediente al más hondo de sus sentimientos, el amor de padre, se sobrepuso á todo y...

Román Y me robó mis cien francos. Me los robó, con toda la sencillez de ese admirable instinto paternal. Me los robó, como hubiera podido hacerlo un santo. ¿No es eso? ¡Muy bonito! ¡Admirable, señor Messénis! Elocuente intérprete del acusado, sublime defensor suyo, ¿quieres que te diga lo que pienso? Pues que es una lástima, para que tu elocuente defensa fuera más meritoria, que Bautista,

puesto á robarme, no me haya también asesinado!

Jul. La defensa sería de mayor lucimiento.

Mes. ¡Búrlense ustedes de mí lo que quieran!

Román ¡Oh, sí! ¡Hubiera sido conmovedor! Como yo no estaría allí para contradecirte, tú me expondrías á la consideración de los jueces y de los jurados con todos los negros colores con que suele presentarse á la víctima en estos casos. ¡La antipática víctima! ¡La odiosa víctima! Dirías que yo había sido un tirano doméstico, un negrero para mi servidumbre, un avaro cruel, incapaz de conmoverme ante la súplica de un necesitado. De suerte, que el pobre asesino, aterrado ante la idea de pedirme ese dinero, se había visto en la precisión de degollarme con una navaja. ¡Una insignificante navajita! Para que no quedara también sin su adjetivo.

Mes. ¡Búrlate de mí!

Jul. También yo me figuro el cuadro. Los jurados hechos un mar de lágrimas, el público que le aplaude y le aclama á usted como en un teatro; Bautista absuelto y llevado en triunfo y usted diputado en las primeras elecciones y en camino de ser ministro de Gracia y Justicia.

Román De Gracia y de Indultos, porque la Justicia...

Mes. ¡Continúen ustedes, continúen con sus bromitas!

Jul. Usted se tiene la culpa. Debiera usted saber que para mí no hay nada tan repulsivo como una falta cualquiera de lo que yo llamo limpieza moral. En esto soy intransigente. Ya ve usted, solo al pensar que ese hombre ha vivido aquí, entre nosotros, al lado de mis hijos, que jugaba con ellos y los ha besado muchas veces, siento como un escalofrío. Mientras le interrogaban ustedes, se lo aseguro, me parecía que su cara se iba transformando en otra cara desconocida para mí, pero que era la verdadera. ¡Ah, si se fijara uno bien en las personas, leería uno siempre con claridad en su cara!

Mes. Cierto que hay fisonomías que no pueden

engañar á nadie... Por ejemplo... ¿es este el último número de *La Ilustración?*

Jul. Sí. Hoy ha llegado.

Mes. ¿Me permite usted que rompa la faja?

Jul. Es usted muy dueño.

Mes. Aquí está. ¿Qué le dice á usted esta cara?

Jul. ¡Espantosa!

Román Sin duda es el retrato de ese criminal cuya causa se ve en estos días. Un verdadero monstruo.

Mes. Que ha asesinado á toda su familia.

Jul. No hay más que verle para comprenderlo. ¡Esa mandíbula saliente, esa nariz, como un hocico de fiera!

Mes. Todo, todo revela en él los peores instintos... Solo que tengo el sentimiento de comunicar á ustedes que se han equivocado de medio á medio. Este retrato no es el del criminal. Es el del agraciado este año con el premio Nobel, por sus trabajos en favor de la paz.

Román ¡Qué disparate!

Mes. ¡Lee al pié! Y antes han debido ustedes comprenderlo. El retrato de este bienhechor viene en tercera plana, como ustedes ven. El del criminal viene en la primera, y á gran tamaño, en el sitio de honor. ¡Y vean ustedes qué aire de placidez y de dulzura! ¡Parece un abuelo patriarcal!

Jul. ¿Quiere usted que me enfade?

Mes. Ahora me toca á mí reirme.

Román Haces mal. No es para tomarlo á risa. Sobre ese particular soy tan intransigente como Juliana. No me convencerán tus sofismas y tu razonamiento de anarquista. Están muy arraigados en mí los sencillos preceptos que les fueron dictados á los hombres desde lo alto del monte Sinaí. Desde hace cinco mil años, en ellos se contiene, como en una esencia purísima, el mínimo de virtud y de honor indispensable en el mundo. Allí se se dice: «No matarás, no hurtaras, no levantarás falsos testimonios». El hombre que falta á cualquiera de esos mandamientos tan sencillos, desciende para mí al nivel de los animales, en plena brutalidad primitiva. El criminal me produce el mismo efecto

que un reptil. Su contacto me repugna, como si por sus venas corriera la sangre á otra temperatura de la natural en un hombre normal y sano, como tú, como yo.

Jul. ¡Así se piensa y así se habla! El respeto á la vida y á la propiedad es la base de todo. En esto no admito tolerancias ni distingos.

Román ¿Te has enterado? Ya sé que tú dirás que son antiguallas. Di lo que quieras.

Mes. Solo digo que acaso estén ustedes en lo cierto con sus absolutismos. Pero es posible que yo también tenga razón con mis relatividades.

Jul. Perdone usted si corto la discusión. Las hermanitas de los pobres estarán al llegar, y quiero atender á sus provisiones.

Mes. No faltaba más, querida amiga.

Jul. ¿Pero no se irá usted antes que yo vuelva?

Mes. La espero á usted. Y no se preocupe usted por lo que me haga esperar.

Jul. No será mucho. Hasta ahora. (Sale.)

ESCENA XI

ROMÁN y MESSÉNIS

Mes. Ahora que estamos solos, voy á decirte algo que sentiría que te disgustara.

Román ¿Qué es ello?

Mes. No puedes suponerte con cuánta pena he escuchado á tu hermana. ¡Me ha entristecido oirla compartir tus inflexibles doctrinas!

Román ¿Por qué te ha entristecido?

Mes. ¡Vamos, no quieras hacerte de nuevas! Tú sabes, lo mismo que yo, que su marido la engaña escandalosamente.

Román Escandalosamente; esa es la palabra.

Mes. Por eso harías mejor en inculcar á tu hermana algo más de filosofía para juzgar de las humanas flaquezas. Así estaría mejor dispuesta para el duro golpe que ha de recibir el día en que se descubra la indignidad del hombre que tanto cariño y tanta confianza le inspira.

Román	¡Pobre hermana mía! No sé yo cómo podrá soportar este derrumbamiento de todas sus ilusiones! ¡Me estremezco al pensarlo! ¡Ella, tan confiada, por la misma nobleza de su corazón, en el cariño de ese hombre indigno! Es preciso que no lo sepa. Yo haré cuanto pueda por evitarlo. ¡Que no lo sepa nunca!
Mes.	Será inútil cuanto hagas por impedirlo. Tu cuñado comete tales imprudencias... Sin reparar en nada, se presenta en público con esa mujer y todo el mundo está ya enterado.
Román	¿Tú los has visto juntos?
Mes.	Yo no. Pero sé quién los ha visto, en el teatro, solos los dos en un palco. Y según me dijeron, ella lucía un collar de perlas, que bien valdrá sus doscientos mil francos.
Román	¿Que me dices? A ese paso, el miserable no tardará en arruinar á su mujer y á sus hijos.
Mes.	No es de ahora. Ya vienen de lejos esos despilfarros. ¡Un millón dicen que le ha costado el hotel en que vive esa mujercita!
Román	¿Un hotel que ha costado un millón?
Mes.	Sí. A la entrada del Bosque de Bolonia. Allí se ha instalado hará unos tres meses.
Román	¡Pero es espantoso lo que me dices! ¡Cómo podía yo suponer!... Cierto, que por algún detalle ya sospechaba yo que los gastos de mi cuñado excedían con mucho á sus rentas. Pensaba yo que se habría valido de algún expediente poco limpio para obtener algún préstamo á cuenta de los bienes matrimoniales. Cierta frialdad con él, ha sido por mi parte, la única y discreta reprobación de su conducta. He procurado evitar una explicación, con la que sólo hubiera conseguido que Juliana abriera los ojos á una realidad muy dolorosa. Ahora veo que no he debido contenerme. Y me permitirás que te diga que tú tampoco has hecho bien en no decirme antes todo lo que supieras.
Mes.	Te aseguro que no lo he sabido hasta ahora. En las aguas de donde vengo. Allí he conocido á un cierto sujeto, agente de negocios, según él, y él fué quien me dijo haber facilitado dinero en grandes cantidades á tu

cuñado. El no sabía que yo os conociera y me refirió horrores referentes á la solvencia de su deudor, hasta el punto de haberse visto precisado á conminarle con una ejecución en regla, sin haber tenido contestación á su ultimatum. Todo esto lo supe yo hace tres días. Mi hombre de negocios terminaba su temporada de aguas al día siguiente y se volvió á París aquel mismo día. Me faltó tiempo para escribir á Juliana prometiéndole una visita á mi regreso. Al mismo tiempo le indicaba que tendría mucho gusto en encontrarte aquí para verte y charlar contigo. Ya ves que te lo he dicho todo en cuanto me ha sido posible. Tu acusación es injustificada.

Román Tienes razón. Perdóname.

Mes. Ahora que ya lo sabes todo, creo que no debes retrasar una explicación muy seria con tu cuñado.

Román ¡El miserable! Yo le obligaré á terminar para siempre sus relaciones con esa mujerzuela. Nadie sabe de lo que yo soy capaz cuando se trata de lo que yo más quiero. Yo le traeré al buen camino, sea como sea. ¡Ya estoy impaciente porque vuelva! ¡En cuanto esté aquí, nos veremos las caras! Va á saber quién soy yo. ¡Te lo aseguro!

Mes. ¡Tu hermana vuelve!

ESCENA XII

DICHOS y JULIANA

Jul. He tardado más de lo que pensaba. Y es que he tenido que deliberar un gran rato conmigo misma.

Mes. ¿Respecto á...?

Jul. Ha llegado una carta para Andrés, y en el sobre se notaba que habían escrito, primero «Urgente» y después habían enmendado: «Urgentísimo». Como no me ha dicho con seguridad si volvería mañana y podía ser algo muy urgente en efecto que conviniera

telegrafiarle, pensé si en un caso así, yo debía atreverme...

Román ¿A abrir la carta? No, eso no se hace nunca.

Jul. ¿Pero, si hubiera que telegrafiarle?

Román En resumidas cuentas, ¿que te has decidido?

Jul. Y he abierto la carta.

Román ¿Y de qué se trataba?

Jul. ¡De una infamia!

Mes ¡Ah!

Román ¿Y esa infamia?...

Jul. He dicho una infamia; y sólo puedo creer que sea una broma. Pero una broma de pésimo gusto ¡Una villanía!

Román ¿Venía firmada?

Jul. No. Es un anónimo y escrito á máquina.

Román Los anónimos se rompen sin leerlos.

Mes. El más inocente es una estupidez, y todos una cobardía.

Jul. Es verdad. ¡Y no haré yo á este el honor de considerarle como un aviso amistoso. Aunque no viene dirigido á mí, quiero que ustedes lo conozcan, que vean ustedes hasta dónde llega la maldad de cierta gente. Lee, lee. Lea usted también, Messénis.

Román «Distinguido señor: Tengo mucho gusto en comunicarle que sus comanditarios han presentado contra usted una denuncia por estafa y malversacion de fondos.»

Mes. ¿No dice más?

Jul. ¿Qué? ¿No habrás tomado en serio esa broma siniestra?

Román La carta está fechada el dieciocho, de modo que esa denuncia se presentó ayer.

Jul. ¿Pero, qué dices, qué piensas? No concibo que hables así, como si creyeras posible que eso fuera verdad, que exista alguien capaz de haber urdido una calumnia infame contra mi marido, de llegar hasta la denuncia. ¿Quién puede creer en esa estúpida acusación?

Román No es materialmente imposible.

Jul. ¿Pero, con qué objeto? ¿Qué pueden proponerse? ¡La probidad de Andrés, su honradez son bien conocidas de todos! ¡Su vida es de una transpariencia que no puede empañar la menor duda! ¡No es posible que nadie

crea esa infamia! ¡La reputación de Andrés es intachable!

Román ¿Tú crees que debo avistarme con el procurador?

Mes. Es el único medio de tener referencias exactas. Me pongo á tu disposición para todo y te acompañaré si no tienes inconveniente.

Román Te lo agradezco. Sí, vamos.

Jul. Y si creen ustedes que es preciso tomar alguna determinación, ¿por qué no telegrafían ustedes á Andrés antes de dar ningún otro paso?

Román No debemos perder el tiempo en preguntas y contestaciones.

Jul. ¿Qué tiempo puede perderse? ¿Crees tú que él no se apresuraría á volver en seguida?

Román No quiero decir eso.

Jul. ¡No quieres decir eso! ¿Y qué dices en realidad, si no dices nada? Ninguno de los dos me dice lo que yo quisiera oir de ustedes. Si algún enemigo ó algún envidioso de mi Andrés ha urdido esa infamia, ustedes deben decirme que él está por encima de esas miserias, que nada de eso puede mancharle. ¡Ustedes deben protestar, como yo, con toda su alma, si es verdad que le estiman ustedes, si es que están ustedes seguros de su honradez, como deben estarlo!

Mes. ¡Querida amiga!...

Jul. ¡Que están ustedes ahí, y no les oigo ni una palabra de protesta, de indignación!

Román ¡Hermana! ¡Hermana! ¿Qué quieres que digamos?

Jul. Nada, nada, es mejor. Ya no sería espontáneo lo que dijeran ustedes. ¡Ya no podría creer en sus palabras! Pero esa actitud de ustedes es una crueldad para mí, es una ofensa para mi marido. Ustedes no saben el mal que me hacen.

Mes. Permítame usted...

Jul. No, no. Siempre hubo en ustedes animosidad contra mi marido. Hasta ahora no había querido convencerme. Pero antes debí comprenderlo. Nunca le han querido ustedes bien; nunca.

Román ¡No digas eso!

Mes. Ruego á usted...

Jul. Por parte de usted aún puede explicarse. Fué usted su rival, le guarda usted rencor.

Mes. ¡Juliana!

Jul. Sí, sí. No pretenda usted engañarse. Pero tú, hermano mío, ¿á qué sentimientos puedes obedecer para no protestar contra esa infamia, que es un insulto á un hermano tuyo? ¿Qué te ha hecho Andrés, por qué no le quieres? ¡Si es tan bueno, si yo le quiero con toda mi alma, y sólo por eso debías tú quererle como yo le quiero!

Román ¡No te exaltes así, ten calma!

Jul. Hoy mismo, antes de su viaje, se lamentaba conmigo de tu despego.

Román No pretenderá que le demos las gracias por haber comprometido en préstamos usurarios los bienes que no eran sólo suyos.

Jul. ¡Ah, ya entiendo! Ese es todo tu disgusto con Andrés. ¡La marcha de sus negocios, en la que tú crees comprometido nuestro patrimonio!

Román Esa es una de las razones, no lo niego.

Jul. ¿Es que tú preveías una catástrofe? Por eso al leer esa carta, más que sorprendido, te quedaste aterrado, ¿no es eso?

Román Sin haber previsto tanto, sin creer que pudiera existir un delito, resistiéndome todavía á creerlo, estaba yo sobre aviso, de algo grave que pudiera ocurrir, y mal podía estar tranquilo.

Jul. ¿Y usted también, Messénis, usted también sabía algo?

Mes. También yo, amiga mía.

Jul. Díganme ustedes, quiero saberlo todo. Necesito saber cómo hemos podido llegar á la ruina y al escándalo que nos amenaza, que caerán sobre nuestra casa.

Mes. No hable usted de ruinas ni de escándalo. La situación no será tan desesperada. Lo que dice ese anónimo tal vez no pase de una amenaza. Yo por mí sólo sé de alguno que se mostraba desconfiado, que pensaba reclamar su dinero, ¿pero quién sabe si le asiste el derecho para reclamarlo? Las grandes empresas comerciales no pueden estar á

merced de cualquier impaciente á quien se le antoja asustarse de pronto por su dinero.

Jul. Pero, ¿qué han oído ustedes? ¿Qué saben? ¿De qué proviene esa desconfianza?

Román Tu marido jugaba en el Club; en Bolsa se arriesgaba también en operaciones peligrosas.

Jul. ¿Y por qué, Dios mío, por qué? En casa no se ha derrochado nada, tú lo sabes, todos lo han visto. No podrá decirse que ha sido qor mí. ¡Por Dios, Román, tú sabes algo más que no quieres decírmelo!

Román No, te aseguro que no. ¿Qué has pensado?

Jul. ¡Te pregunto si Andrés tiene una querida!

Román ¡Qué disparate! No lo pienses siquiera. ¡Qué idea!

Jul. ¿No has oído nada, no sabes si me hace traición? ¡Júramelo!

Román ¡Te lo aseguro!

Jul. Algún consuelo había de tener en mi angustia. ¡Eso no, eso no; sería demasiado! Por favor, no tarden ustedes, hagan cuanto puedan hacer hasta que Andrés vuelva. Vayan ustedes. No tarden. Se lo suplico.

Román A las seis podemos estar en París.

Mes. A esa hora quizás no podamos ver á nadie que pueda darnos noticias fidedignas. Pero te ofrezco mi casa para pasar la noche, y mañana desde muy temprano empezaremos nuestras averiguaciones. (A Juliana.) Yo volveré mañana.

Jul. He sido injusta con usted.

Mes. ¡Quién se acuerda!

Jul. ¡Perdóneme usted! Ahora más que nunca necesito de su buena amistad!

Mes. No dude usted nunca de mí.

Jul. Y tú, hermano mío, perdóname también. He sido siempre tan dichosa, que sin querer habré ofendido á Dios, y les he ofendido á ustedes, por creer que esa felicidad no podría acabarse nunca.

Román Hermana, tú sabes que yo nunca he pensado más que en tu bienestar y en el de tus hijos. Tu felicidad y su porvenir, es lo único que me ha importado en la vída. Figúrate qué no haré por vosotros.

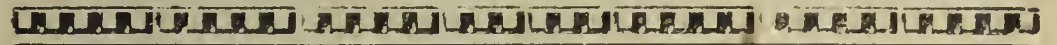
Jul. ¡Y también por mi Andrés, también por mí marido, ¿no es verdad que harás por él cuanto puedas?

Román Cuanto pueda, sí, por salvaros de la deshonra. Y á él también, puedes estar segura, y á él también, cueste lo que cueste.

Jul. ¡Ah! Así quiero oirte. Y ahora no se detengan. Corran ustedes. Hasta mañana, hasta mañana. (Telón.)



FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA y después JULIANA

Baut. Buscaba á la señora.
Jul. ¿Ha vuelto mi hermano de París?
Baut. No señora.
Jul. Me había parecido oirle. ¿Qué hora es?
Baut. Las dos y media.
Jul. Está bien. Retírese.
Baut. Traía el librito de cuentas.
Jul. Como lo más importante son cuentas de usted con mi marido, él lo revisará cuando vuelva.
Baut. Es que desearía marcharme antes.
Jul. ¿Por qué razón?
Baut. Sentiría mucho que el señor me dijera nada.
Jul. ¿Por qué?
Baut. Tiene un modo de decir las cosas, que... ya digo, sentiría que al enterarse de lo que he hecho...
Jul. No le dirá nada, pierda usted cuidado.
Baut. Si la señora me responde que será así, le aguardaré. Y no es que yo crea que no me tengo muy merecido todo lo que puedan decirme, no vaya á creerse la señora.
Jul. No creo nada.

Baut. Más que me dijo mi comandante, y le estoy muy agradecido. Cuanto más me reprendía, con sentirlo mucho, pues estaba yo más satisfecho. Señal de que todavía se interesaba por mí, como se ha interesado siempre, con su buen corazón. La señora también ha sido siempre muy buena conmigo, y yo bien sé que se compadecerá de mí, y no me juzgará un mal hombre, á pesar de todo.

Jul. ¡Quién soy yo para juzgar á nadie! ¿Quién es capaz de juzgarnos en esta vida, por nuestras acciones, buenas ó malas? No se hable más. Vuelva usted á sus quehaceres. Vuelva usted, pobre hombre. Todo está olvidado.

Baut. ¡Ah, señora!

Jul. Ande usted, ande usted.

Baut. Sí, señora, sí. (Vase.)

ESCENA II

JULIANA y ROMÁN

Jul. ¡Gracias á Dios, Román! Dime pronto, ¿qué has averiguado?

Román Gracias á las buenas relaciones y á la influencia de Messénis con la curia, nos ha sido fácil enterarnos de todo.

Jul. ¿Y qué os han dicho?

Román ¿Qué nos han dicho? Lo que importa ahora saber es lo que dice tu marido.

Jul. Apenas te marchaste le puse un telegrama, rogándole que regresara en seguida. No puede tardar mucho. Pero antes de que él vuelva, ¿no puedes tú decirme nada que me tranquilice, que me consienta alguna esperanza?

Román Sí, mujer, sí. Vas á saberlo todo ahora mismo. ¡Si es que no sé por dónde empezar!

Jul. ¿Esa denuncia de que hablaba el anónimo?...

Román Era verdad. ¡Existe la denuncia!

Jul. ¿Pero no han podido tomarla en consideración, no la habrán concedido importancia?

Román Por desgracia, sí.

Jul. ¿Y en qué se fundan? ¿Qué pretextos han buscado?

Román La denuncia ha sido presentada por personas muy respetables, de mucho crédito entre las gentes de negocios, para suponer que pudieran aventurarse sin fundamento, y bajo su responsabilidad, en un grave proceso.

Jul. ¿Pero tú no crees como yo, que si Andrés hubiera cometido una imprudencia, un delito, como suponen, no hubiéramos sido nosotros los primeros en verle preocupado, nervioso? ¿Y ayer mismo, aquí mismo, no se ha despedido de mí del modo más natural como tantas veces? ¡No puede fingirse de ese modo!

Román Sí; eso mismo le decía yo al juez.

Jul. Y seguramente él también te habrá dicho...

Román Me escuchaba y se sonreía. Tal vez compasivo, tal vez irónico, como hombre acostumbrado á observar esa aparente tranquilidad en otros criminales.

Jul. ¿En otros dices? ¡Como si Andrés fuera uno de ellos, como si estuvieras convencido de que lo es! ¡Sí, sí: estás hablando como si para ti no existiera la menor duda de que Andrés es culpable!

Román ¡Cálmate, Juliana, cálmate!

Jul. ¿No me decías al llegar, que ante todo era preciso oirle? ¡Le concedías siquiera el derecho de defenderse! ¡De rechazar una por una las acusaciones hasta convencerte de su inocencia! Y ahora, sin haberle oído á él, sólo por lo que te hayan dicho, por lo que creas tú, ya es bastante para condenarle.

Román ¡Es que me duele tanto ser yo quien haya de atormentarte! Pero estás obcecada, no quieres ver, y es preciso que afrontes la verdad cara á cara. Ya me avergüenzo de ser tan cobarde y de haber tardado tanto en decírtelo.

Jul. ¡Si yo no te pido que me engañes! ¡Si yo quiero saber la verdad por horrible que sea! No tardes en decírmela.

Román Es que te veo desfallecer, pobre Juliana. Estás muy pálida, apenas puedes sostenerte.

Jul. Desde que empezó esta pesadilla, no sosiego, no vivo, me van faltando las fuerzas. ¡Pero cuando esta noche no me he vuelto loca; cuando ahora mismo al pensar en lo que vas á decirme no caigo aquí muerta, es que bien puedo soportarlo todo! No tengas miedo. Dime: ¿en qué se fundan para acusarle? ¿Qué pruebas hay? ¿Las has visto tú con tus propios ojos? Yo también necesito verlas para convencerme.

Román Escucha: primeramente en el proceso se enumera una serie de acusaciones cuya gravedad no puedo ocultarte.

Jul. ¿Y esas acusaciones?...

Román Se acompañan con pruebas irrefutables de haberse cometido los delitos de abuso de confianza, estafa...

Jul. ¿Pero esas pruebas...?

Román Son muchas. Entre ellas algunas cartas de Andrés.

Jul. ¡Ah!

Román Contestación á reclamaciones apremiantes, amenazadoras. En esas cartas todo es ambigüedad, escapatorias, dilaciones... en una palabra, falsedades.

Jul. ¡Román, Dios mío!

Román ¡Falsedades de tal índole, que al leerlas se me abrasó la cara de vergüenza!

Jul. ¿Y estás seguro de haber interpretado bien su sentido? ¿Entre unos y otros no habreis llegado á deducciones falsas?

Román ¡Juliana, aunque quisiera no haberla visto, unida á los autos, en la última hoja, he leído una carta suya, de su puño y letra, con su firma! Esa carta era su último recurso Está dirigida al principal acreedor, y es una humillación bochornosa. ¡Una súplica vergonzante!... ¿Qué más voy á decirte? ¡Es la confesión de su delito!

Jul. ¡La confesión!

Román Plena, indudable. ¡Lo confiesa todo, pide perdón, ofrece garantías ilusorias!...

Jul. ¡Calla, calla! ¡Ten compasión de mí! ¡No puedo más!

Román No maldigas de mí. ¡Que por haber hablado, me parece que es mía la culpa de ese dolor inmenso!

Jul. ¿Qué podías tú hacer para evitarlo? Has hecho bien. También yo sé lo que debo hacer. ¡Desprenderme de todo cuanto poseo; pagar hasta el último céntimo que se deba!

Román ¡Desdichada! ¡Aun no te has hecho cargo de que sólo con asomarme á la realidad de la situación, he visto abierta ante mis ojos una sima sin fondo! Tu patrimonio caería allí como el de tu marido sin dejar rastro. El pasivo suma una cantidad fabulosa. ¡Imposible pagar, imposible rehabilitarse! ¡Es la ruina!

Jul. Yo te digo que sabré cumplir con mi deber. Andrés y yo firmaremos cuanto se nos exija para responder de todo. ¡Mis pobres hijos lucharán con nosotros contra la miseria! ¡Juntos trabajaremos llenos de fe, hasta pagarlo todo, hasta vernos libres!

Román ¡Es un hermoso sueño, pero es soñar! ¡Faltan los medios para realizarlo y faltaría el tiempo! Los acreedores se niegan á conceder el más breve plazo.

Jul. ¡Es decir, que cuando hubiéramos pagado todo lo que podemos hoy; cuando ofreciéramos trabajar toda nuestra vida para seguir pagando, no se compadecerán de nosotros, no serán capaces de concedernos un respiro! ¿Qué gentes son esas y qué alma es la suya para exigir lo imposible, lo sobrehumano? ¿Qué se proponen al arrollarnos de ese modo? ¿Destrozar nuestra vida, imposibilitar nuestra redención? ¿Y ellos qué van ganando? ¿Cómo pagarles? ¿No ve esa gente que así lo perderá todo?

Román ¡Juliana, hermana mía, no desvaríes! ¡No quieras aturdirte con tus propias palabras! Escúchame. Mi primera, mi única manifestación ante el juez, ha sido para poner á disposición de los acreedores cuanto tengo, lo que me queda de nuestra herencia.

Jul. ¡Ah, Román! ¡Estaba segura de ello! Tanto te has sacrificado por mí, tan natural te ha parecido siempre sacrificarte, que una sola palabra de gratitud sé que te ofendería, pero de gratitud son estas lágrimas.

Román ¡Vamos, vamos, necesitas de toda tu entere-

za para oirme lo que he de decirte todavía. Indiqué al juez mi resolución de dar los pasos necesarios para conseguir que la denuncia fuera retirada. Messénis ofreció también una cantidad respetable. ¡Es hombre rico, y puede hablar por miles.

Jul. ¡Oh, Messénis! ¡Qué bondad la suya!

Román A todas nuestras proposiciones sólo nos fué contestado que en el supuesto que los acreedores retiraran la denuncia, la causa se seguiría de oficio.

Jul. ¡Eh! ¿Qué dices? ¿Por qué?

Román El asunto se considera de tal importancia, que el sobreseimiento es imposible. El Ministerio fiscal sostendría la acusación.

Jul. ¡Pero eso no es posible!

Román Cuando Messénis venga, él te dirá las dificultades que se nos han opuesto. Andrés ha figurado siempre en política como contrario al régimen. Ha protegido candidaturas, ha subvencionado periódicos de oposición, se le consideraba como un adversario temible. Hay interés en desprestigiarle. Su desprestigio alcanzará también á su partido. Aprovechan la ocasión que se lés ofrece y serán inflexibles en aplicarle la ley con todó su rigor. ¡Es la vergüenza, la ignominia para nosotros!

Jul. ¡Y para él la cárcel, la cárcel! ¿no es eso?

Román No puede esperarse otra cosa.

Jul. ¡Ah, no! ¡Eso no, hermano mío! ¡Tú tienes la estimación de todo el mundo! ¡Te valdrás de todos los medios para impedir que eso sea! ¡Tú que me quieres tanto, que eres tan bueno! ¿no es verdad que revolverás tierra y cielo para impedirlo?

Román ¡Qué puedo yo hacer! ¿Qué quieres tú que haga? Piensa tú, dime, y haré lo que sea.

Jul. ¡Escucha! ¿Qué ruido es ese? ¿Qué sucede?

Román Son tus hijos que juegan y ríen á carcajadas!

Jul. ¡Mis pobres hijos! ¿Por qué están hoy más alegres que nunca? ¡Oh! ¡Hazles callar! ¡Te lo suplico! No, no los llames aquí. Deja que yo me vaya. Entreténles tú, que no vengan en busca mía.

Román No tengas cuidado.
Jul. ¡Hasta luego!
Román ¿A dónde vas?
Jul. A la iglesia á rezar. (Sale.)

ESCENA III

ROMÁN, JOAQUÍN y NOÉMI

Román ¿Qué haceis ahí? ¿Qué bulla es esa?
Noémi Que te lo diga Joaquín. Yo estcy muerta de risa.
Román ¿Y puede saberse por qué estais tan alegres?
Joaq. Nos reíamos acordándonos de una señora muy gruesa que el otro día jugó al tennis con nosotros. Tuve el gusto de tenerla en mi bando.
Noémi Y ahora Joaquín la remedaba. Mira, tío, andaba á saltitos como un canguro.
Joaq. Y al correr parecía un pavo cuando hace la rueda.
Noémi No daba una. Perdía siempre.
Joaq. Te advierto que si vuelve á presentarse para jugar, no será en mi compañía. Llévatela tú si quieres.
Noémi Muchas gracias. Te la regalo. A ti es á quien le corresponde. ¿No es verdad, tío, que los caballeros están más obligados á ser galantes? Díselo á Joaquín.
Román Lo que voy á deciros á los dos, es que me disgusta profundamente ver cómo no pensais en todo el día más que en diversiones y frivolidades insustanciales.
Noémi ¡Ay, tío! ¿Qué te ha entrado de pronto contra nosotros?
Joaq. ¿No te parece bien que aceptemos las invitaciones de los señores que viven frente por frente de nosotros en el castillo?
Román No me refiero á eso precisamente. Pero os hago el favor de consideraros con el entendimiento bastante, para que sólo penseis en divertiros.
Noémi ¡Nunca nos has reñido así!

Joaq. No le hagas caso. ¿No conoces al tío? Quiere hacernos creer que se pone serio. Son bromas suyas.

Román ¡No son bromas, no! Yo quisiera que pensarais alguna vez seriamente. Que estuvierais mejor preparados ante cualquier eventualidad de la vida, que no será siempre tan fácil y tan amable como ahora. ¿Quién sabe lo que puede cambiar nuestra situación en la vida? ¿A qué pruebas puede someternos? ¿Qué penosas obligaciones exigirnos?

Noémi ¡Ay, tío! ¿Dónde vas á parar con el sermón? ¿A que Joaquín debe meterse fraile y yo monja?

Román No me parece que teneis vocación.

Joaq. Pues mira, no había pensado nunca en semejante cosa. ¡Pero lo pensaré!

Noémi Pues yo sí lo he pensado muchas veces. Pero ya no lo pienso. Ni creo que volveré á pensarlo en mi vida.

Román Pues si algún día os sintierais con el fervor necesario para renunciar al mundo, y ofrecer vuestras oraciones en expiación de las culpas ajenas, no sería yo quien os disuadiera de ello.

Joaq. Pues como Noémi se metiera monja, ya sé yo quien iba á aparecer el mejor día muerto de pena al pie de las tapias del convento.

Noémi ¿Quieres callarte, tonto?

Román ¿Qué ibas á decir?

Joaq. Nada. ¡Que sé yo de cierto jovencito!...

Noémi ¡Vaya, Joaquín, que te calles, que me incomodo!

Román ¿Por qué haces rabiar á tu hermana?

Joaq. Tengo que callarme. Si digo una palabra más, me araña.

Noémi ¡Qué gracioso! Puedes decir lo que quieras. Me tiene sin cuidado.

Román ¿No puede saberse?

Joaq. Son bromas á propósito del vecinito. Un hijo de los señores que nos convidan todas las tardes para jugar al tennis.

Noémi ¡Eres más simple!

Joaq. ¡Tiene una ganas de llamarme cuñado!

Noémi ¡No le hagas caso! Pero vamos, lo que se dice, ni tanto así de caso.

Román Tranquilízate. No hago caso de lo que dice; pero sí de lo que veo.

Noémi ¿Qué ves?

Román Que te has conmovido. Que te importa lo que te dice tu hermano.

Joaq. Eso sí, harán muy buena parejita. ¿Vamos ya, Noémi? Es la hora de empezar el partido.

Noémi Sí, sí; vamos.

Román Aguarda un momento.

Joaq. Voy delante.

Román Eso es. Noémi te alcanzará.

Joaq. Hermana.

Noémi ¿Qué?

Joaq. ¡Tiene un bigote precioso! (sale.)

ESCENA IV

ROMÁN y NOÉMI

Román ¿Es verdad que ese joven te quiere?

Noémi Si nunca hemos hablado de esas cosas. Cuando nos encontramos en alguna reunión, él no se atreve á decirme nada. ¡Está tan emocionado! Yo también me emociono. Así es, que nunca nos decimos nada. Y no puede decirse que seamos novios, porque él no me ha dicho nada todavía. Lo único que hay, es lo que te digo; que él se emociona mucho cuando me ve, y que yo también me emociono.

Román Ya, ya. No hay nada, no. Hay, que tu corazón te habla muy bajito, como si quisiera decirte un secreto que deseas, y que te asusta saber. ¿Y tu madre sabe ó se figura?...

Noémi Mamá no le pone mala cara. Verdad que es muy simpático. Y me parece que á mamá no le disgusta que á mí me sea simpático. ¿Y tú, prometes ayudarme, si á papá no le parece bien ó no consintiera?...

Román ¿A tu padre?

Noémi Siempre le tengo miedo. Contigo tengo más confianza. Contigo soy muy habladora, hasta indiscreta. Si papá no me diera su consentimiento, no sé, creo que me moriría.

Román ¡Bah!

Noémi ¡Cuento contigo! ¿Verdad que sí?

Román ¿Conmigo?

Noémi Contigo, sí. ¡No querrás ver muy triste á tu pobrecita Noémi!

Román Me pides lo que no depende de mí. ¡Qué más quisiera yo, niña mía, que apartar de tí todas las tristezas de este mundo! ¿Pero qué puedo yo, qué puedo yo?

Noémi ¡No te enfades!

Román Vé con tu hermano. Déjame, déjame.

Noémi Sí, sí. Me voy muy contenta. Está en buenas manos mi felicidad. (Mutis.)

ESCENA V

ROMÁN y ANDRÉS

Román Un crimen más á la cuenta de ese miserable. La primera ilusión de su hija. Y la mano cruel, más criminal que nunca, al estrujar al primer gorjeo, un corazón de niña enamorado! (Entra Andrés.) ¡Ya estás aquí!

Andrés Aquí estoy. ¿Qué ocurre?

Román ¿Recibiste el telegrama de Juliana, por eso has vuelto?

Andrés ¿Un telegrama?

Román Si no lo has recibido, es que no estabas en donde ella te creía. ¿En dónde estabas?

Andrés No es á tí á quien tengo que darle cuentas.

Román No necesito que tú me lo digas. Estabas en París, en un hotel muy cerca del Bosque de Bolonia.

Andrés ¿Me has puesto espías?

Román Por desgracia para tí y para todos, no soy yo quien te espía, ni quien te sigue los pasos. Es la justicia.

Andrés ¿Cómo sabes tú?

Román Poco te importa. He hablado con el Juez.

Andrés En ese caso...

Román Puede que no sepas tú tanto como yo, y voy á decírtelo.

Andrés No te molestes. Estoy bien enterado. Como tú ya sabías, vengo de París. Después de al-

morzar pasé por mi casa y me encontré con que durante mi ausencia, había estado el Juzgado precintando y sellando cajas y muebles.

Román Eso quiere decir que van deprisa. No exageraban al prevenirme.

Andrés Es inútil que discutamos. No he venido á dar explicaciones.

Román Has venido á implorar de tu mujer, á refugiarte en su cariño, á arrastrarte á sus pies para que ella te defienda y te esconda. Pero, no; estoy yo aquí para impedir que se haga tu cómplice, que se enfangue contigo en ese lozadal en que chapoteas á la desesperada.

Andrés Estás equivocado. No pretendo ver á Juliana. Me han dicho que ha salido y quiero irme antes de que vuelva.

Román ¿A qué has venido entonces?

Andrés A recoger unos papeles en mi despacho.

Román A recoger dinero.

Andrés Y si así fuera, comprenderás que sin recursos no podría rehacer mi vida.

Román ¿Es decir, que huyes?

Andrés ¿Para qué voy á negarlo?

Román ¿Así, tranquilamente? ¿Para ti no hay más solución?

Andrés ¿Si puedes darme otra?

Román Sí; te has acostumbrado á la idea de ser un día y otro asunto de la atención pública, de la curiosidad de la gente, y hoy que no da contigo la policía, y mañana que ya cree haber dado con una pista segura, perpetuar así el escándalo de tu nombre, que es el de tus hijos... ¿A qué degradación has llegado para aceptar esa existencia de fiera acosada, sin que un asomo de tu dignidad de hombré, no se revuelva contra esa cobardía?

Andrés ¿Tú me aconsejas que vaya yo mismo á meterme en la cárcel?

Román Eso nunca. Antes me dejaría yo matar.

Andrés Pues ya no hay más que esas dos soluciones, entregarme ó huir.

Román ¿Crees tú que no hay otra?

Andrés ¿Tú dirás?

Román Tú debías saberlo. Tú debías haber hallado por ti mismo esa solución.

Andrés No puedo perder el tiempo en esas cavilaciones. Todo me hace falta.

Román ¿Y no has oído tú nunca, no sabemos todos, de muchos hombres, que sin ser culpables como tú, sólo por desgraciados, sin vacilar aceptaron esa otra solución? La única digna de un hombre de honor. La única.

Andrés No insistas. Lo he entendido bien y no pienso en ella.

ESCENA VI

DICHOS y BAUTISTA

Baut. Señor.

Andrés ¿Qué ocurre?

Baut. Preguntan por el señor. Son dos señores.

Andrés ¿Han dicho sus nombres?

Baut. Uno dice que es el inspector judicial. El otro no ha dicho nada. Es un hombretón alto, grueso.

Andrés No preguntaba tanto. Di á esos señores que soy con ellos en seguida.

Baut. Está bien.

ESCENA VII

ROMÁN y ANDRÉS

Román Ya lo ves, ¿qué decides?

Andrés ¿Pero qué esperas ahí todavía? ¿Qué quieres de mí?

Román Quiero que no salgas de esta casa entre dos policías.

Andrés No te reconozco el derecho de intervenir en mis determinaciones.

Román Está bien. Pero soy yo quien se toma ese derecho para impedir que de esta casa, que es la de mi familia, de mis ascendientes, donde sólo hay recuerdos de honor y de nobleza, salgas tú conducido como un ladrón para arrastrar por juzgados y audiencias, el nombre de tu mujer y de tus hijos, que quedaría manchado para siempre.

Andrés Basta ya.
Román No basta. Has de oirme todavía.
Andrés Basta de consejos, te digo.
Román Por última vez ó no respondo de mí. Solo hay un medio de rehabilitarte. Este. (Dándole el revólver que estaba encima de la mesa.)
Andrés Soy dueño y juez absoluto de mis acciones. Déjame.
Román Te seguiré.
Andrés Déjame.
Román (Dentro.) Andrés Bereuil. Eres un miserable.
Andrés Déjame te digo. Sal de aquí.
Román Por última vez ó...
Andrés Fuera de aquí.
Román No.

(Suena un tiro, sale Messenis y Bautista.)

ESCENA VIII

MESSENIS y BAUTISTA

Mes. ¡Ah!
Baut. ¿Ha oído usted?
Mes. ¡Quieto!
Baut. Mi comandante ha sido quien ha disparado.
Mes. Silencio, desdichado, silencio. ¿Qué gente es esa que ronda la casa?
Baut. Son de la policía.
Mes. No dan señales de haber oído nada.
Román (Saliendo.) ¡Ah! ¿Estás ya de vuelta? ¿Estábais aquí los dos? ¿Llegábais ahora?
Mes. Ahora mismo.
Román ¿Y no habéis oído?
Mes. No.
Román Mi cuñado está ahí, muerto de un balazo en la sien.
Baut. ¡Oh!
Mes. Sabía que habían venido á prenderle.
Baut. ¿Y está muerto?
Román Sí. No late el corazón. Mi hermana llegará de un momento á otro. Antes de que venga voy yo á buscarla.
Mes. Sí, sí. Entretanto, Bautista y yo, llevaremos el cadáver de Andrés á su cuarto.
Baut. Sí. A la alcoba del señor. Voy yo antes. (Sale.)

ESCENA IX

MESSENIS y ROMÁN

Mes. Así evitaremos que tu pobre hermana vea sangre, la habitación en desorden, borraremos cuanto sea posible las huellas del suicidio.

Román Sí.

Mes. Y en seguida, yo mismo avisaré á esa gente del juzgado, que levante acta.

Román Juliana vuelve.

Mes. ¿Quieres que sea yo?...

Román No. Soy yo quien debe asumir la responsabilidad de todo. Hasta lo último.

Mes. Como quieras. (Sale Messenis)

ESCENA X

ROMÁN y JULIANA

Román ¿Qué me miras?

Jul. Miro tu cara. Da miedo verte. ¡Pobre hermano! Tu abatimiento es mayor que el mío. Y yo, ahora, al volver aquí, no sé cómo he podido sostenerme. A cada paso temí caer desfallecida.

Román No estés de pie. Siéntate y hablaremos, hablaremos.

Jul. Yo esperaba que Andrés estuviera aquí, contigo.

Román Debiera estar. ¿Has rezado mucho?

Jul. Con toda mi alma. Cuando somos dichosos apenas nos acordamos de Dios para darle gracias. Llegamos á creer que merecemos nuestra dicha. Si alguna vez he sentido ese orgullo, ya estoy bien castigada.

Román Tú no tienes de qué culparte. Tu vida ha sido un hermoso ejemplo de todas las virtudes.

Jul. Y ahora tú verás cómo sé resignarme con humildad á todas las privaciones que sean necesarias. Mi suerte irá unida á la de mi

marido. Y si es tan grande mi desventura, que la justicia le condena...

Román No pienses en nada.

Jul. Si me separán de mi Andrés yo iré donde él vaya y allí estaré toda mi vida, lo más cerca posible. Allí delante día y noche, con los ojos clavados en aquellas tristes paredes que me separan de él.

Román ¿Y tus hijos? ¿No has pensado en tus hijos?

Jul. ¡Mis hijos!

Román Sí. Ellos son los más castigados, cuando empiezan á vivir.

Jul. No, hermano mío, no me digas que todo ha concluído para ellos como para mí. Estás tú conmigo para ayudarme, para que no pierda yo la esperanza de verlos dichosos algún día.

Román Hoy he sabido que tu hija.,.

Jul. Sí. Está enamorada Y él es un excelente muchacho. De familia irreprochable.

Román Y tu hijo que estaba tan ufano con su vocación militar. Contando los días que le faltaban para ingresar en la escuela. ¡Hoy cómo pensar en eso! Una carrera en que tanto se mira los antecedentes de familia, el honor intachable.

Jul. Ten compasión de mí. No me atormentes más.

Román Perdona. Pero quiero que tú comprendas cuánto ha de costarnos asegurar el porvenir de esas criaturas inocentes que han de pagar culpas de su padre. Y eso es lo que no debe ser.

Jul. ¿Y cómo?

Román Solo habría un sólo medio de acallar el escándalo y la deshonra, de conseguir el silencio y muy pronto el olvido. De que tus hijos no perdieran para siempre la esperanza de realizar sus ilusiones. Todo podría ser, si ese hombre, comprendiendo que para él ya no hay solución, que nada le queda que hacer en la vida...

Jul. ¡Por Dios santo! No sigas, no quiero escucharte. Me horroriza leer en tu pensamiento. ¿Y tú hubieras sido capaz de proponerle esa

solución? Si él hubiera llegado aquí antes que yo, ¿tú le hubieras dicho?...

Román — ¿No hubieras preferido verle rechazar su abyección con entereza, en un arranque de noble dignidad?

Jul. — ¡Cállate te digo, no puedo escucharte!

Román — Has de oirme. Quiero que no te halle desprevenida ninguna eventualidad.

Jul. — ¿Por qué esa insistencia?

Román — Porque...

Jul. — Acaba.

Román — Porque quién sabe si... todo es posible.

Jul. — ¿Qué es posible? ¿Por qué callas ahora? ¿Qué me ocultas?

Román — Nada, nada. Iba á decirte...

Jul. — Me engañas, Román, me engañas.

Román — No.

Jul. — Sí. Me has dicho que mi marido no había estado aquí.

Román — ¿Y qué?

Jul. — Mira. Sus guantes. Los mismos que llevaba puestos ayer al despedirse.

Román — Es verdad. Yo quería que tú...

Jul. — ¡Ah!

Román — ¿Qué tienes?

Jul. — El arma que dejó aquí olvidada, no está aquí.

Román — ¡Juliana!

Jul. — Se ha matado mi Andrés, se ha matado.

Román — Espera, Juliana. Oyeme, óyeme.

Jul. — Por la memoria de nuestra madre, hermano mío. ¡Por Dios santo, la verdad, sí ó no, la verdad! ¿Dónde está Andrés?

Román — Está en su cuarto. En su cama. Le han llevado allí.

Jul. — ¿No ha muerto?

Román — Sí.

Jul. — ¡Oh! ¡Qué horror! Andrés, Andrés de mi alma. ¡Quiero verle!

Román — Todavía no.

Jul. — Quiero verle, lo quiero, ¿has oído?

Román — Ahora no. Después.

Jul. — Suéltame, suéltame te digo.

Román — Le verás más tarde, cuando ya no estén allí esos hombres que han venido á prenderle.

Jul. — ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Román Ya ves que no ha podido huir.

Jul. Desgraciado, desgraciado. ¿Y cómo ha sido? ¿No había nadie con él para estorbarle, para interponerse? ¿No estabas tú con él? ¿Por qué lo pregunto? Estoy segura de que no estabas tú.

Román Sí estaba, sí.

Jul. ¡Román, si has podido evitarlo, si ha dependido de ti un sólo instante que mi marido no muriera, y tú lo has permitido, es más, le has incitado, si ha sido por tu voluntad, nunca, nunca podré perdonarte!

Román En este momento no he de pedirte que atiendas á razones.

Jul. No hay razones para convencerme. Yo no entiendo de vuestro honor de hombres. Yo soy sólo una pobre mujer, y sólo quería que él viviera, deshonrado, criminal, para quererle como le he querido, con toda mi alma, como le querré siempre, siempre.

Román No, hermana, no puedes quererle. A mi pesar tengo que ser cruel contigo. Pero yo no puedo consentir, cuando más entereza necesitas para luchar por tus hijos, que tu vida se entierre para siempre en el recuerdo de ese hombre que no merecía tu cariño, que no merece tus lágrimas.

Jul. ¿Qué?

Román Ese hombre desde hace muchos años te ha estado engañando como un miserable, se burlaba de ti, te ultrajaba.

Jul. ¡Mientes, mientes! ¿Crees que así puedes arrancarle de mi corazón? ¡Es mentira, todo es mentira!

Román Abre los ojos á la evidencia. Tu marido ha robado porque jugaba á la desesperada. Jugaba porque había consumido todo su capital. ¿En qué? ¿Cómo? No habrá sido en tu casa, contigo. Esta casa era un modelo de orden, de economía. ¿Dónde se ha derrochado el dinero?

Jul. Es verdad, es verdad. Tus palabras son como un hierro candente, pero no quiero creerlas, no te creo.

Román ¿Me crees capaz de mentir en estos momentos? Cuanto has oído es verdad. Te lo juro

por lo más sagrado. ¡¡Por la memoria de nuestros padres, por la vida de tus hijos!!

Jul. ¡Basta, basta! Te creo. Estoy convencida.

Román Perdóname, Juliana, perdóname. Esta ha sido la mayor crueldad. ¡Perdóname, perdóname!

Jul. ¡Y yo le había consagrado todo mi cariño, y me disponía á compartir con él la deshonra, la degradación, toda su miseria, y él me engañaba, se burlaba de mi cariño! Ahora, antes, en sus labios todo era traición y mentira; ¡palabras y besos! ¡Oh, qué infamia, qué infamia! Y tú, hermano mío, ¿cómo no habías de juzgarle con tu conciencia de hombre honrado? Ven á mí, ven á mí; ahora más que nunca te necesito muy cerca.

Román No, no. No me abraces... no te acerques.

Jul. ¿Qué tienes? ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me rechazas?

Román Aún no lo sabes todo... no habría querido que lo supieras nunca, pero mi silencio haría de mí un criminal. Tu marido no pensó ni por un instante en quitarse la vida. Yo fuí quien le ofreció el revólver.

Jul. ¿Tú?

Román Le ví retroceder espantado. Al verle retroceder, le seguí, le seguí, y una fuerza superior, un impulso instintivo...

Jul. ¿Qué has hecho?

Román No sé cómo, el arma que yo le ofrecía, vuelto hacia mí el cañón, se volvió en mi mano y no sé cómo, no sé cómo...

Jul. ¿Has sido tú, has sido tú?

Román Hice justicia; fuí el ejecutor.

Jul. ¡Mi hermano, mi hermano!

Román Ahora, júzgame tú.

Jul. ¿Cómo puedo yo juzgarte? Todo es sombra en mi conciencia, todo es dolor. ¿Y de ti, qué será de ti ahora?

Román Lo que Dios quiera.

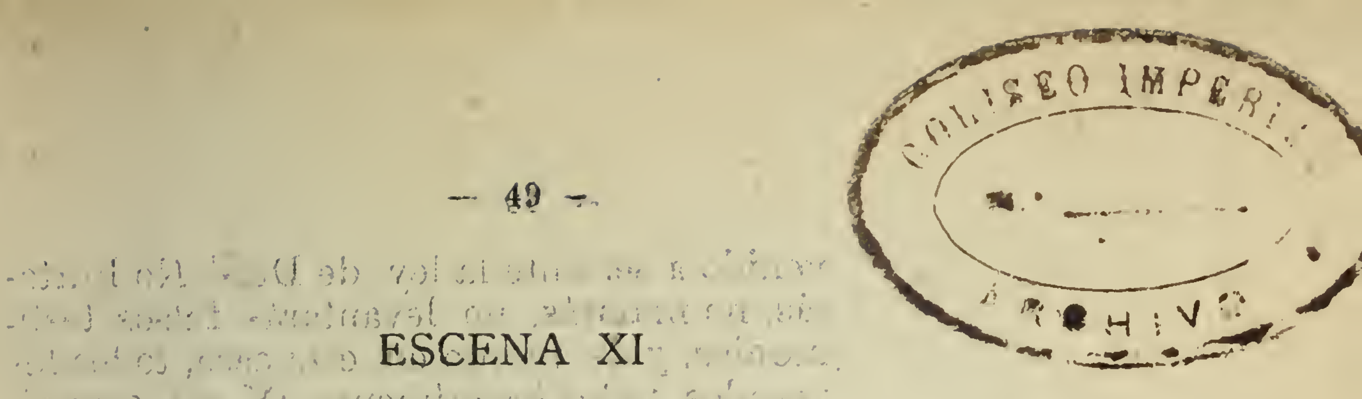
Jul. ¿Sabe alguien? ¿Ha visto alguien?...

Román Sólo Messénis.

Jul. De Messénis no hay que temer nada.

Román Acaso también Bautista.

Jul. ¡Oh, de ese sí! ¡Le trataste con tanta dureza! Está despedido...



ESCENA XI

DICHOS y BAUTISTA

Baut. ¿Dan su permiso los señores?

Román ¿Qué buscas?

Baut. Le buscaba á usted, mi comandante.

Román ¿Para qué?

Baut. Es que...

Román Puedes hablar. Mi hermana lo sabe todo.

Baut. Es que uno de esos señores de la policía, ha reparado que el tiro parece como si se hubiera disparado á cierta distancia de la frente, porque la piel no tiene quemadura.

Román ¿Y qué suponen?

Baut. Yo les he explicado, que en el mismo momento en que el señor iba á disparar, entraba yo en la habitación, y me arrojé sobre él, sujetándole el brazo. Pero aunque le sujeté con todas mis fuerzas, no pude quitarle el revólver, y sólo pude separarle un poco el brazo de la frente.

Román ¿Y qué más?

Baut. Se han dado por conformes con mi explicación Pero debo advertirle á mi comandante, que en efecto, fué así .. como yo he declarado, para que mi comandante lo sepa.

Román Gracias. Tú sabes que en la legión extranjera á nadie le preguntan quién es ni de dónde viene. Si yo me alistara en ella, ¿vendrías conmigo?

Baut. Mi comandante ..

Román Allí seré un soldado como tú, sin graduación, sin nombre. ¿Quieres seguirme?

Baut. Para servirle, mi comandante.

Román Está bien

(Sale Bautista.)

Jul. ¿Qué has pensado? ¿Qué vas á hacer?

Román Los hijos del que ha muerto no deben compartir la vida conmigo. Debo alejarme de ellos para siempre, aunque no sepan nunca lo que he hecho. ¡Ojalá no pudieran saber nunca lo que hizo su padre!

Jul. ¡Oh, qué tristes criaturas pecadoras hemos

venido á ser ante la ley de Dios! No hurtarás, no matarás, no levantarás falsos testimonios, y de pronto en esta casa, todos los pecados, todos los crímenes. ¡Y mi complicidad para encubrirlos! Cuando más seguros vamos por la vida, se alza á nuestro paso la fatalidad de nuestro destino, y somos entre sus garras tristes criaturas pecadoras! ¡Ah, Messénis, amigo mío!

ESCENA XII

DICHOS y MESSENIS

Mes. Todo está en orden. Puede usted venir cuando quiera.

Jul. Sí, voy. Debo ir.

Román ¡Adiós!

Jul. No, no te irás todavía.

Mes. ¿Dónde vas?

Román Muy lejos. Tú le dirás á tus hijos... No quiero estar aquí cuando vengan. No deben abrazarme, no deben estrechar mi mano.

Jul. ¿Y qué será de ti?

Román Pensar en vosotros siempre. (A Messénis.) La dejo confiada á tu amistad.

Mes. A mi devoción. Puedes estar seguro.

Jul. Dime que volverás. Que volverás con nosotros, cuando hayan pasado los días, cuando todo nos parezca como un mal sueño.

Román ¿Para qué decir nada, qué podemos asegurar? ¿Qué sé yo? ¿Qué sabemos nadie? En el ejército es suprema ley la obediencia. Alguna vez, ante una orden arbitraria ó injusta, sentíamos impulsos de rebeldía, pero allí estaba la ordenanza para imponerse y no había más que decir: quien manda, manda. Y obedecer y callar. La vida ha sido acaso cruel, injusta con nosotros. Estoy acostumbrado á obedecer. ¡El destino manda! (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Obras de Jacinto Benavente

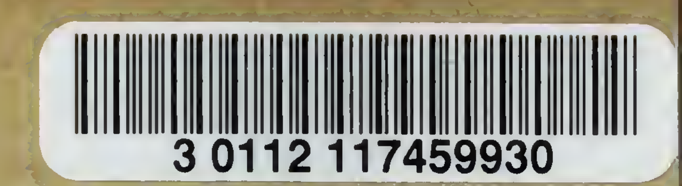
PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.



Precio: 1,50 pesetas

